

15 EL ORFANATO

Estaban en pleno verano. Hacía una mañana radiante, con mucha radiación solar y un calor aplastante. Pipa se había levantado temprano. El móvil marcaba las ocho horas. Era justo reconocer que para una chica joven, sin obligaciones horarias por contrato y sin personas mayores que la empujaran, dejar su cama a las ocho de la mañana era todo un logro, aunque el sol ya se había despertado bastante antes. En cualquier caso, ella se había autoimpuesto un régimen disciplinario al respecto. Era verano y, en plena montaña, a medida que la siesta se acercaba, la furia del calor se tornaba inaguantable. Debido a eso, ella se ponía el despertador del móvil en marcha y se levantaba. ¿Quién dijo que del móvil era todo indeseable?

Pipa puso algo de comer a las gatas y a los perros, cuya comida procedía de los restos y desperdicios gratis de una carnicería de Verín. Claro que, de vez en cuando, les traía pienso que ella compensaba con la entrega de productos artesanales dependiendo de la época, como algunas bandejas de setas o bolsitas de tomillo. Por su parte, las ovejas no necesitaban ayudas con la comida, puesto que ellas mismas procuraban llenarse su interior con la fresca hierba que les gustaba.

Posteriormente, arregló un poco, sin exceso, su cabaña. Puso dos trozos de pan sobre algunas brasas, cuyas tostadas se zampó con unas moras y medio litro de leche.

Un silbido a sus dos mastines fue suficiente para que estos se pusieran inmediatamente a su lado. Pipa podía haber cogido la pista forestal, pero prefirió el recorrido de un antiguo sendero que seguía el curso del riachuelo, el mismo que bajaba bastante próximo a la Cabaña. Quería investigar la zona alta del río, el llamado Regato de

Sandín, el cual suponía que pasaría entre las poblaciones de *Veiga das Meás* y *Vilar de Cervos*.

Para caminar por una ciudad solo hacía falta tener voluntad de hacerlo, pues incluso con el calzado son pocas las exigencias que se tienen. Sin embargo, eso cambia cuando tienes que avanzar por un regato de humedades, muy poblado de helechos y de docenas de plantas varias. Unas botas de piel de vaca y unos pantalones de lona, a pesar de la época estival, tuvo que llevarse puestos. También se llevó un buen garrote, aunque era solo para impresionar. La chica llevaba los dos perros mastines sujetos por sus correas. Estos no se irían solos por su cuenta, no se moverían de su lado, pero siempre que salían del recinto de la cabaña, como ahora, era norma que los atara más bien cortos, por ella, por si alguien se cruzara y por la disciplina de los propios perros.

Se fueron bordeando el río. En un remanso, Coyote se enzarzó en pretender engatusar a una trucha que por la esquina andaba. No pudo. Además, dándole un tirón de la soga que casi lo asfixia, se llevó la reprimenda de la jefa:

—Para ya, Coyote, ¿es qué quieres comerte a la pobre trucha? En el próximo viaje te quedarás en casa.

Cinturón miraba a su compañero como reprochándole:

«Has visto. Te ha estado muy bien».

Subieron un cierto terraplén y alcanzaron una zona plana. Estaban entre los dos pueblos de *Veiga das Meás* y de *Vilar de Cervos*. En ese fatídico momento, la tierra comenzó a temblar. Los árboles altos se movían zarandeados como cometas de papel. Los mastines empezaron a aullar atemorizados. Pipa se asustó mucho, pues no había vivido nada igual. Estuvo agarrotada un buen rato sin saber que hacer. El garrote se le escapó de la mano. Se oyeron fuertes ruidos por desprendimientos y explosiones. A un par de metros, la tierra se abrió como si el mundo se quisiera partir en dos. Una grieta como una zanja profunda y cercana al medio metro de ancho se fue formando a sus pies.

Tras unos veinte segundos, el temblor de la tierra fue a menos. El desconcierto, sin embargo, cada segundo iba a más.

Se atrevieron. Saltaron la grieta y corrieron unos diez metros hasta que salieron a un claro, sin vegetación, donde apareció una edificación parecida a un colegio. Pipa se quedó descolocada. Del edificio comenzaban a elevarse llamaradas de fuego mezcladas con nubes de polvo, las cuales eran debidas al hundimiento parcial del complejo. Corrieron hacía el edificio con mucho recelo. En una de las tres vertientes se veía una especie de sala de gimnasio, así como otras salas destinadas posiblemente a comedor y cocina, en las cuales no aparecía nadie. Borearon aquel lado y oyeron algún grito de llamada. A Pipa le pareció una voz conocida. Se metieron, ella y los dos mastines, por un pasillo cuyas habitaciones del lado derecho estaban destrozadas. El tejado se había hundido y el fuego empezaba a aparecer por el fondo. Encontraron una puerta metálica que daba acceso a una sala interior, pero esa puerta estaba prácticamente bloqueada hasta arriba por escombros de las paredes contiguas.

Coyote emitió un ladrido denunciando que detrás había alguien. Los de detrás, al oír el ladrido, gritaron varias cosas al mismo tiempo. Una de esas voces dijo al final:

—Aquí, estamos aquí. La puerta está bloqueada.

Pipa, entre el desconcierto de los gritos, reconoció la voz de la última que había gritado. Era Bámel. Aquella seguía escuchando gritos. Intentó levantar la voz por encima de los otros para ser escuchada. Nada, era un caos total. Una voz masculina intentó poner algo de pausa y orden.

—¡Callaros. Escuchad!

Esa pausa fue aprovechada por Pipa para intervenir.

—Chicos, soy yo. ¿Qué hago?

—Solo podremos salir por la puerta, pero necesitamos la llave... —Apuraba, Kano, su respuesta.

Pipa hecha un flan caliente, miró a su alrededor. Avistó un pequeño armario llavero con puerta de cristal, dentro del cual se veía un aro

aglutinando siete u ocho llaves. Sin pararse a intentar abrir su puerta, agarró un pedrusco de la pared derribada y lo estampó contra el cristal, el cual saltó por los aires. Descolgó el aro con las llaves y... ahora ¿cómo conseguía llevárselas?